

**CONFERENCIA DEL MAESTRO**  
**OMRAAM MIKHAËL AÏVANHOV**

**LA REALIDAD DEL MUNDO INVISIBLE – I**

**Sèvres, 25 de abril de 1962**

---

Los días pasan, pero no se parecen... Algunos días os hablo y otros no. Pero lo que es magnífico es que lo aceptáis, que no estáis descontentos. No se puede hablar sin parar, porque eso también tiene inconvenientes: es cansador para el que habla... ¡Y doblemente cansador para el que escucha! El primero está agotado y el segundo saturado. Y ni una ni otra cosa son aconsejables. Hablar tiene una utilidad, pero no hablar tiene otra. Cuando alguien os habla, ciertas facultades de vuestro cerebro se ponen en actividad, y, cuando se queda sin decir nada, son otras facultades las que entran en juego. Una mujer, por ejemplo, ve a su marido pensativo, que no dice nada, y le mira para adivinar lo que puede estar rumiando en su cabeza: a dónde ha ido, qué le ha sucedido... y así se vuelve clarividente, telépata. Pero dejemos a los maridos y a las mujeres tranquilos.

En Bulgaria, en Rila, cuando nos reuníamos junto al fuego por la tarde con el Maestro, éste cerraba a menudo los ojos y meditaba. Yo le miraba y me decía: "¿En qué pensará?, ¿Dónde estará?" Y así, durante el silencio, me habitué a conectarme con él y, poco a poco, me di cuenta de que muchos de sus pensamientos, de sus sensaciones, de sus emociones venían hacia mí. Comprendí también que nos instruía en el silencio. Diréis: "¡Pero en el silencio no se aprende nada, no se oye nada!" Sí, en apariencia, pero, en realidad, el alma recibe; el alma del discípulo ve, siente y graba todo lo que sale del cerebro de su Maestro. Si el discípulo no sabe inmediatamente lo que su alma ha captado es porque ésta necesita tiempo para impregnar al cerebro con ello. Pero, un día u otro, todo eso saldrá bajo la forma de pensamientos, de descubrimientos, de reminiscencias, que ni siquiera sabrá de dónde vienen, y que serán, simplemente, algo que habrá captado de su Maestro, del mundo invisible o del Sol. Porque el Sol también nos distribuye sus pensamientos; es uno de los seres cósmicos más inteligentes, y piensa, actúa, y nosotros podemos captar sus pensamientos... Os daréis cuenta de todo eso cuando seáis capaces de hacer volver a la

superficie de vuestra conciencia todo lo que se encuentra enterrado en vosotros.

Cuando meditamos en silencio yo no puedo olvidarme de vosotros inmediatamente para entrar en el mundo de abstracciones en el que mi pensamiento está acostumbrado a moverse; vosotros estáis siempre ahí, en mi cabeza, en mi corazón, como una unidad. Como mi familia... Y entonces os hablo, os doy explicaciones, y a veces incluso quiero pararme y no puedo. Al final digo: "Pero iros, dejadme tranquilo, tengo otras cosas que hacer", pero la cosa continúa, a pesar de todo... y, entonces, algunos de vosotros captan estos pensamientos sin saberlo; he ahí que, un buen día, cuando están paseándose, o escribiendo, sienten, de repente, que les viene un pensamiento, así, como si cayese del cielo. Sí, nada se pierde, ni siquiera un pensamiento, porque todo está vivo. Y esto sucederá, cada vez más, si los hermanos y hermanas se desarrollan armoniosamente, comprendiendo el valor de todo lo que hacemos aquí. Cuando llegue el momento, cada uno hará salir todas las riquezas que se han acumulado dentro de él desde hace milenios; pero hay que tener paciencia.

Actualmente los humanos se dedican, sobre todo, a desarrollar sus facultades intelectuales, y esto está muy bien, pero desgraciadamente lo hacen a expensas de otras posibilidades de exploración y de conocimiento, y la vida sutil del universo, del alma, del espíritu, escapa a sus investigaciones. Al descender a la materia han olvidado sus orígenes divinos, ya no se acuerdan de lo hermosos, de lo poderosos, de lo grandes, de lo nobles, de lo luminosos que eran. Lo que les preocupa ahora es la Tierra: quieren explotarla y saquearla para enriquecerse. Pero llega la época en la que, en vez de dirigir siempre su atención hacia el mundo exterior, van a volver a tomar el camino hacia el interior: no perderán ninguna de las posibilidades y ninguno de los conocimientos que han adquirido durante siglos y milenios, pero ya no se concentrarán exclusivamente en un aspecto del universo; se lanzarán al descubrimiento de otras regiones todavía más gloriosas, más profundas. Y este descenso en la materia seguirá siendo, de todas formas, una adquisición extraordinaria para la humanidad.

Al haber perdido su don de clarividencia, los humanos se han vuelto incapaces de conocer la anatomía y la fisiología, y por eso se ven obligados a recurrir a las disecciones. Y todavía ahora, como ya no pueden servirse de estas facultades espirituales que son la intuición, la clarividencia, la capacidad de desdoblarse, para conocer la materia, tienen que desgarrarla. Exactamente como un niño que desmonta un reloj o un aparato para saber

lo que hay dentro de él. Así es como la ciencia, que está tan orgullosa de sus hallazgos, ha regresado, en realidad, hacia una mentalidad infantil.

El hecho de poder utilizar solamente los cinco sentidos limita enormemente a los humanos. Para poder conocer el universo, el Sol, los planetas, o incluso el centro de la Tierra y las profundidades de los océanos, deben construir aparatos y, mientras estos aparatos no estén a punto, hay ciertos conocimientos que se les escapan... Y aunque llegasen a ponerlos a punto, dado que para alcanzar ciertos lugares alejados del espacio se necesitarían muchos más años de los que dura habitualmente la vida de un hombre, seguirían teniendo determinadas limitaciones. Mientras que, con los sentidos del mundo espiritual, instantáneamente podemos penetrar en cualquier lugar del espacio y conocerlo todo.

Pero, aunque critique a los materialistas, no niego su buen trabajo. Son héroes esta gente, son apóstoles que se han cargado con el enorme fardo de trabajar la materia. Diréis: "Sí, ¡pero son unos ignorantes que han perdido la luz!" Pues bien, esto ha sucedido adrede, porque, si no, no hubiesen podido ejecutar sus trabajos. Los materialistas tienen unas cualidades inmensas: son activos, emprendedores, audaces, son capaces de hacer muchas cosas que son incapaces de hacer los contemplativos y los místicos. Sin embargo, no toméis ahora mis palabras como una invitación para que abandonéis el campo de los espiritualistas para ir a engrosar el ejército de los materialistas; los materialistas tienen un trabajo que hacer, son unos obreros magníficos, pero su filosofía no es magnífica. Ejecutar un trabajo en la Tierra está bien, pero imaginarse que sólo existe la Tierra no está bien, es un error, y, cuando lleguen al otro mundo, se encontrarán completamente desprovistos, porque sólo habrán trabajado para la Tierra. Mientras que los místicos quizá piensen en la eternidad, pero no hacen nada para la Tierra.

Éste es, por tanto, el consejo que os daré: debéis ser materialistas para el trabajo, para poder ser buenos obreros en la materia, pero debéis ser, al mismo tiempo, idealistas para la filosofía, es decir, debéis pensar bien y actuar bien. Si los espiritualistas pudiesen tener para el trabajo las cualidades de los materialistas, sería formidable. Aunque su actividad no tenga como objetivo la ganancia tienen algo que aprender, de todas formas, de su dinamismo.

Hoy hubiera preferido quedarme con vosotros horas enteras en silencio, meditar, crear con el pensamiento cosas magníficas. No olvidéis

nunca que este trabajo con el pensamiento es el más importante porque, gracias a él, llegaréis a acercaros al ideal al que aspiráis. Con vuestras oraciones, con vuestras meditaciones, cada día añadís un elemento al edificio, un ladrillo, una piedra, un poco de cemento, un tablón, un clavo, ¡es formidable! ¡Qué felicidad sentir que actuamos, que avanzamos! Y, os lo digo francamente, me pregunto incluso si esta felicidad será tan grande cuando veáis terminado vuestro edificio; me pregunto si no estaréis un poco decepcionados de que ya se haya terminado. Porque es en el trabajo, en la actividad, en la esperanza, en donde se encuentra la felicidad, mucho más que en la realización.

En muchas circunstancias es preferible incluso prolongar un poco la espera. Por ejemplo, esperáis una carta. Ésta llega, y estáis impacientes, la abríis inmediatamente... y vuestro gozo y vuestras emociones se evaporan. Mientras que, si esperáis un poco, si tratáis de adivinar lo que contiene, saboreáis unos momentos únicos que podéis prolongar tanto como queráis. Sí, pero sois débiles, os tiente, no sabéis resistir y destruís vuestro placer. Además, ¿qué contenía esta carta? A menudo, no gran cosa, era la espera lo extraordinario.

Otro ejemplo muy sencillo: os dan una manzana muy bonita, una manzana única. Si os la coméis inmediatamente, ya no la tenéis; pero si os quedáis mirándola un buen rato, admirándola, podéis prolongar vuestra maravilla. Es formidable saber prolongar los gozos. Y, cuando trabajáis para obtener algo, ya podéis saborear la felicidad, sólo con lo que vivís en vuestro pensamiento, en vuestro corazón, en vuestra alma. Una vez que las cosas se han realizado, a menudo nos decepcionamos, porque esperábamos mucho más, ya que la realidad está lejos de ser magnífica.

Desgraciadamente los humanos no saben vivir en el mundo maravilloso de la poesía y de la imaginación. Y hasta en los artistas, los pintores, los poetas, los cineastas, los dramaturgos, cada vez más vemos aparecer una tendencia a presentar en sus obras la realidad más vulgar, la más repugnante, como si ya no la conociésemos suficientemente. Para el florecimiento del ser humano es preferible que éste pueda sumergirse en la belleza de un mundo mágico que le incite a desear tender hacia él para vivir en él. Diréis: "¡Pero se trata de un mundo irreal!" Pues bien, justamente, es este mundo irreal el que es la realidad absoluta. En él sentimos, por fin, que vivimos en la ligereza, en la luz. Mientras que la realidad de los artistas contemporáneos es la muerte: nos cortan las alas, ya no podemos volar, somos aniquilados por esta realidad que no es más que desperdicios,

escorias de la verdadera realidad. Sus obras representan, desde luego, un grado de la realidad, ¡pero tan mediocre, tan miserable, incluso!, porque sólo abarca el plano físico. La verdadera realidad hay que buscarla en el dominio del alma y del espíritu. Claro que, para encontrarla, son necesarias una educación, una disciplina, y no todo el mundo es capaz de tenerlas.

A mí me gustan mucho los escritores de cuentos: Grimm, Andersen, Perrault, y muchos otros. Es magnífico vivir en este mundo mágico. Diréis: "Sí, ¡pero esto es para los niños!" Pues bien, yo prefiero vivir las nueve décimas partes de mi existencia en este mundo de los cuentos, ya que es ahí donde me siento dilatado. Porque, una realidad en la que hay que pagar impuestos, alquiler, electricidad, gas, y ganarse penosamente el sustento, ¡vaya realidad más estafalaria! Yo prefiero otra realidad, un poco menos crispada y tensa. Os aconsejo que leáis cuentos para niños, y veréis qué impresiones vais a saborear. Sí, y que los filósofos dejen sus libros demasiado filosóficos para leer también cuentos para niños: al menos vivirán, de esta manera, en una maravilla perpetua, ¡mientras que con la filosofía!...

Yo me sumerjo todo lo que puedo en este mundo mágico de los cuentos, ahí es donde vivo intensamente, y me pongo triste cada vez que la "realidad" me hace salir de esta otra realidad. Sí, ¿por qué no llamar a un hada y pedirle que os transforme? Sois viejos, y ¡hala!, ¡os convertís en jóvenes! ¿Por qué no?

Ahora, claro, todo esto requiere explicaciones, porque cada cosa tiene sus peligros. Algunos que me escuchan, dirán: "Muy bien, quedémonos de brazos cruzados pensando en las hadas", y ya no harán ningún trabajo material. ¿Y quién les dará casa, vestidos, alimentos? Serán rechazados por todas partes como parásitos y anormales. Por tanto, no debéis comprenderme mal, hay que conciliar ambos aspectos: sumergirse conscientemente en este mundo mágico, sin convertirse en seres desequilibrados o perezosos. Yo vivo conscientemente en este mundo de las hadas: pequeñas entidades vienen a visitarme, a hablarme, sin que ello perturbe en lo más mínimo el orden que debe reinar en el plano físico. Si vosotros podéis hacerlo también, para embellecer vuestra existencia, será maravilloso.

Muchos autores han escrito libros sobre las hadas, sobre los espíritus de la naturaleza. Hay clarividentes que pueden percibir a estos pequeños seres dedicándose a sus actividades, y hasta frecuentando a los humanos,

preferentemente a aquéllos que son puros. E incluso algunos han contado que los habían visto sentarse sobre mi espalda, sobre mi cabeza... Sí, pequeñas criaturas extraordinarias, bonitas, finas, delicadas, que se subían encima de mí. Como son etéricas no pesan; vienen a menudo, pero vosotros no podéis verlas. Y a veces vienen también a posarse sobre vosotros...

¡La vida es bella, mis queridos hermanos y hermanas! Y podemos hacerla más bella aún si nos decidimos verdaderamente a vivir esta Enseñanza, esta filosofía, que es la única verdaderamente poética.

\* \* \*

